



Notre Dame, Sarah Malfatti

Duplex est liber: La clerecía, el mester y la historicidad de la escritura

Juan García Única. *Cuando los libros eran Libros. Cuatro claves de una escritura “a sílabas contadas”*. Granada: Comares (De guante blanco), 2011, 270 págs.

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA
Universidad de Granada

Ningún mester tan pesado, en efecto, como “escribir en tiniebra”, por emplear una imagen bien conocida del maestro Berceo. Pero lo primero que debe hacerse notar de este extraordinario (por muchas razones) estudio es que su joven autor nunca escribe en tiniebla, sino a la luz de la Historia. Nunca se le vienen encima la noche o la oscuridad desarrollando sus argumentos tan sólidos como bien trabados; y esclarecedores siempre, además, para quien se encuentra dispuesto a entender las cosas de muy distinta manera a como hasta ahora nos las habían contado bajo la fuerza de la costumbre. Aquí, como ha ocurrido en otros casos, se trataba de medir los planteamientos sobre la *radical historicidad de la literatura* y sobre el funcionamiento de esta como *discurso ideológico* con un complicado trayecto de nuestra historia literaria: justamente su trayecto inicial, tan propenso a que sobre él cayeran, como de hecho cayeron, las usuales mitologías de los orígenes (de una lengua y por lo tanto de sus manifestaciones “literarias”), de la ingenuidad o el primitivismo, cuando no ese otro oscurantismo que tan interesadamente, primero, y tan veleidosamente, después, se hizo sinónimo de lo “medieval”. Hasta el punto de que, deformadas así las cosas, nada habría de gratuito en la metáfora de la raya de sombra nocturna como límite para Berceo del abandono transitorio de la escritura, del mester o *métier* de la escritura.

La primera valentía de este libro ha sido, en consecuencia, la de ocuparse de un territorio histórico y discursivo supuestamente vedado para uso restringido de la más grave y estricta filología arqueológica, con la seriedad y la brillantez de sus métodos desde luego, pero a la vez hasta hoy quizás demasiado segura y enquistada en sus clasificaciones y lecturas de los inicios de nuestra “literatura”. Basta adentrarse en las sustanciosas páginas de este estudio para concluir que la distinción de dos mesteres, juglaría y clerecía, es una *invención* de nuestra historia literaria de la segunda mitad del siglo XIX, el momento en que de hecho comienza a inventarse, e inventarse, toda la literatura española. O al menos, la forma en que hoy se nos sigue narrando. Naturalmente, esta tarea, que luego será completada por una solvente historiografía nacional de cuño liberal, necesitaba unos orígenes, unos cimientos, y allí estaban aguardando la épica con su castellanismo o los dos mesteres junto a nuestra “primitiva” lírica. Todo ello es una historia por fortuna ya bien aireada, pese a lo cual siguen perpetuándose en todo el aparato escolar, desde sus niveles básicos hasta la Universidad, las lecturas del mester de clerecía como una “escuela” poética que se atrincheró en su maestría y en su falta de “pecado” formales frente a la juglaría, o incluso como un “género literario” y otras zarandajas del mismo tenor. La segunda cuaderna del *Libro de Alexandre* sin duda ha hecho las delicias del tradicionalismo filológico más quietista.

La segunda y fundamental valentía de este libro consiste en dejar al descubierto, recurriendo a la Historia y a los textos en cuestión, estas lecturas en las que la fuerza de la costumbre ha violentado no pocas veces la epistemología desde la que solo pueden ser leídos, como fueron leídos u oídos en su

momento, los *Libros del mester* (desde el *Alexandre* al *Apolonio* o el *Poema de Fernán González*, desde Berceo a Juan Ruiz). Si nuestra filología dedicada a la “literatura medieval” no dormita demasiado, si es capaz de saltar por encima de rutinas más o menos escolásticas y altamente eruditas para coger aire fresco, para apoyarse en verdaderas ideas, se halla necesitada de revisar tarde o temprano sus posturas leyendo este libro: leyéndolo con actitud autocrítica, y no cubriéndolo con un manto de silencio e indiferencia tejido, fácil es adivinarlo, con la excusa de la juventud de su autor o con el desprecio hacia la raíz marxista de los planteamientos que pone en juego. A partir de ahora ningún investigador serio podrá decir nada sobre los poemas castellanos escritos en cuaderna vía del siglo XIII, incluso del XIV, sin tener en cuenta este deslumbrante trabajo, aunque sea para intentar negarlo. Pretensión nada fácil, por cierto. Porque, como vamos a tratar de esbozar en las líneas que siguen, nos encontramos, claro que solo para quien sepa y quiera verlo, ante un auténtico *texto de ruptura*, un texto que marca un punto de no retorno en lo concerniente a los estudios sobre la “escritura a sílabas contadas”.

A medio camino de un Sócrates y un Mairena más jóvenes, el autor de este libro nos va conduciendo con toda soltura y desparpajo, en las páginas iniciales, hacia el núcleo de la cuestión: la decepción a la que, como lectores de los textos medievales, estamos irremediabilmente abocados mientras no aceptemos que son otra cosa, que están escritos desde y para otro mundo distinto al nuestro. De aquí que García Única deje constancia de la necesaria *quiebra* a la que ha debido someter su objeto de estudio, tomando frente a él la distancia pertinente, para situarse en ese “vasto territorio extranjero” que en el fondo es la escritura medieval y salvar la “ilegibilidad de partida” de los *Libros del mester* (pág. 17). Ilegibilidad por cuanto la voz que en ellos nos habla no nos devuelve el eco de la nuestra. Más adelante volverá a razonar convincentemente la “alteridad” del mundo medieval en relación con nuestro mundo, puesto que nosotros “no respiramos ya si no es a través del capitalismo” (pág. 86). Hay entre ambos mundos, si no perdemos de vista la Historia, entendida como ese continente cuyas “leyes” descifra Marx, un corte epistemológico. Este corte se hace visible cuando ponemos frente a frente, como nos enseña la dialéctica marxista, dos modos de producción ideológica y discursiva, derivados de dos modos de producción económica y de dos sistemas sociales diferentes: el feudal y el capitalista. De modo que, en función de la radical historicidad mencionada más arriba, no significará lo mismo escribir en el feudalismo que escribir en nuestro mundo de hoy. Ha de tenerse muy presente que, a fin de cuentas, nos encontramos ante un libro que se pregunta por lo que los textos del mester dicen cuando dicen “escriptura”.

Paso a paso, con voluntad de descender a las “cosas concretas”, este libro nos va llevando hacia el concepto de literatura sacralizada, la única posible, o al menos la más distintiva, en la (mal)llamada Edad Media, evidenciando así la historicidad de las producciones discursivas y la ideología que las construye.

Tan solo dentro de la sacralización feudal puede desentrañarse la lógica de la escritura en cuaderna vía. No otra cosa postula este libro, sin apartarse de la amenidad, como una historia bien contada, ni de la *humilitas*, como si el autor, que por otra parte la posee, quisiera mimetizar y rendir homenaje a esa condición de la “escritura” feudal. Esta humildad a la hora de presentar unos argumentos es otro de los méritos del libro, pero va acompañada de la firmeza en la defensa de unas posiciones muy determinadas. Así, de inmediato comienzan los deslindes. Pues solo a partir del “espejismo deformante de la ideología de la naturaleza humana”, que por supuesto es una ideología de clase, de clase burguesa, y que como toda ideología nace de la lucha de clases, se puede pensar que los textos medievales son también “literatura”, y en concreto el inicio de nuestra literatura (nacional), o de la literatura tal y como la entendemos hoy. Algo así, pues, como si la naturaleza humana, en el fondo una ficción ideológica que esconde unos precisos mecanismos de explotación, los que se ocultan bajo la noción burguesa de Hombre, elaborada para desplazar la noción feudal de Dios, ya estuviera expresándose “literariamente” en los *Libros* del mester. Muy al contrario, esa noción de naturaleza humana, supuestamente ahistórica y universal, surge en el contexto de una lucha de clases, cuando la ideología burguesa combate por arrumbar la ideología (en realidad todo el sistema) feudal y alumbrar nuestro mundo capitalista. No lo podría haber dicho mejor el lúcido autor de este libro: “Puesto que las cosas tienen historia, hemos mentado la historia” (pág. 30). Traer aquí la Historia significa, como leemos pormenorizadamente en este libro, relacionar la “escritura” de los clérigos con la sacralización, y a esta con el feudalismo como modo de producción (también como modo de producción discursivo) y como formación social basada, como cualquier otra de las que hasta ahora hemos conocido en Occidente, en un desequilibrio entre clases (dominante/dominada) y unas estructuras específicas de explotación. Son muy jugosas e iluminadoras a este respecto las líneas en las que se conecta, a partir de la sacralización feudal, la arquitectura de la catedral gótica, la lógica del cristal y de la piedra, con los poemas a sílabas contadas. En una y otros se glosa el orden inquebrantable que Dios ha depositado en la creación salida de su mano (*ex digito Dei*).

Dado que no se trataría de encajar de cualquier forma a un texto en la historia, a través del recurso del contexto, como usualmente se hace, sino de “encajar la historia desde la que todo texto es producido” (pág. 40), lo primero que se le impone a García Única es romper con la “visión biologicista” de la historia literaria: un Espíritu humano expresándose literariamente desde unos supuestos orígenes medievales (en cada lengua nacional), si no ya desde los clásicos antiguos. Pero el cuestionamiento del sintagma “literatura medieval española”, del que emanaría sin más una escuela poética llamada “mester de clerecía”, es radical. De hecho García Única la llama la “etiqueta de las tres mentiras” (pág. 43), porque ni es literatura, ni es española, ni es medieval. Hay ya quien ha señalado el contrasentido que supone hablar de literatura

“española” para aquel momento histórico, incluso de literatura “medieval”, como si la Edad Media fuese esa presunta falla oscura que estaría “mediando” entre los esplendores de la Antigüedad y del Renacimiento, como si el Espíritu o la naturaleza humana, también en su vertiente cultural, artística o literaria, hubiese pasado por un lamentable purgatorio (la imagen de la Edad Media negra que denuncia Le Goff, y que construyen los humanistas, ha resultado tan pertinaz como la Edad Media dorada que fabrican los románticos).

Mucho menos se ha cuestionado la existencia de la literatura en lo que, solo para entendernos, estamos llamando Edad Media. Los poetas del mester, y aquí llegamos de nuevo al núcleo duro del estudio, jamás se piensan a sí mismos como “escritores” (habrá que esperar también para la llegada de la relación autor/obra, paralela a la relación sujeto/objeto en la que se basa, como explicó Althusser, la epistemología burguesa) sino como vasallos que glosan la Escritura del Señor. Nunca se pensaron, entonces, volviendo a la visión entre biologicista y hegeliana de la historia de la literatura, como “eslabones en mitad de la cadena que habría de conducir al Espíritu hacia la palabra ‘libertad’, con la que el capitalismo oculta las huellas de la explotación de ser humano a ser humano –ya no de Señor a vasallo– que al fin y al cabo lo caracteriza”. O dicho de otro modo: la escritura del mester resulta indisoluble de la relación señor/siervo, de la *ideología de la servidumbre* legitimada por la sacralización feudal, o bien de las formas de explotación con las que romperá la ideología burguesa de la libertad para dar lugar a otra forma de explotación de nuevo históricamente determinada, diferencial con respecto a la anterior. Más que de una “literatura medieval” resulta preferible hablar, como argumenta con nitidez el autor de este libro, de “escritura feudal sacralizada”.

Tan solo con la lógica burguesa del sujeto libre, y no ya del siervo feudal, surge la noción actual de literatura, que nada tiene que ver con la lógica que mueve la “escriptura” de los clérigos (Berceo como un leal vasallo de la Señora y de Dios). Leyéndolos “desde la historia”, como recomienda García Única, se hace evidente que los *Libros* del mester han de ser entendidos desde un mundo que no pudo sino concebir la *escritura* –como glosa del Libro Sagrado o del Libro de la Naturaleza– antes que la *literatura* –como expresión, por parte de un sujeto presuntamente libre, de su verdad autónoma. No hay verdad interior de sujeto alguno, porque estamos en el mundo de los siervos, sino la única verdad de la Escritura, la revelada en el Libro de los Libros (la Biblia) o en el orden del mundo, la glosada por los vasallos del Señor.

La hipótesis de partida por lo tanto es de largo alcance: dada la inexistencia medieval de la literatura, no puede ser esta la “institución” desde la que fueron *producidos* los textos escritos en cuaderna vía. La literatura surge con el Petrarca, o entre nosotros con el Garcilaso, y no así con el Santillana aún

“medieval” de los sonetos “fechos al itálico modo”, que sientan las bases de un yo poético burgués, que comienzan a entender la escritura “como vivencia propia y no ya necesariamente como glosa de la Escritura” (pág. 59). Tanto Petrarca como Garcilaso escriben ya en nuestro mundo, lejos de los clérigos que mantienen una suerte de monopolio de la Escritura articulado en torno al corporativismo del saber. Tanto Berceo como el Arcipreste de Hita no dicen “yo” para plasmar su propia verdad interior en el texto. Entre otras cosas, porque la ideología feudal los interpela como siervos y no como sujetos. Es el suyo un “yo estamental” (inscrito en el sistema feudal de los tres órdenes que desveló Duby: clérigos, caballeros y campesinos), un yo siervo de Dios; incluso un yo que se reconoce como pecador: la estrategia que, a su vez, sigue un noble como el canciller López de Ayala cuando, sin pertenecer al orden de los clérigos, se adentra en el ejercicio de un saber específico que en principio no le corresponde, la clerecía.

Negada la validez del concepto de literatura para desentrañar la enunciación que preside la cuaderna vía, desde un acercamiento a la cuestión definido como “abiertamente antiesencialista” (pág. 65), esto es, como materialista histórico, García Única expone con brillantez las cuatro claves de la escritura a sílabas contadas:

1. Los clérigos del mester siempre escriben bajo la imagen central del Libro. Si existe una Escritura de Dios y una escritura de los hombres, esta última se articula, en el caso del mester, como “producción ideológica” del Libro (*de Alexandre, de Apolonio*, etcétera) a imagen y semejanza del Libro Sagrado o del Libro de la Naturaleza. La escritura en cuaderna vía trata de ligar el mester u oficio de la escritura con la obra excelsa de Dios.
2. La materia que se aloja en la cuaderna vía no se crea, sino que se descubre y se glosa. Quienes poseen el saber de clerecía se limitan a volver una y otra vez sobre lo revelado en la Biblia o lo escrito por Dios en el Libro de la Naturaleza. Por eso los clérigos disocian la verdad de la *escriptura* y la mentira del *fablar* de los juglares; por eso la contraposición entre clerecía y juglaría que se establece en la mencionada segunda cuaderna del *Libro de Alexandre* no es una rivalidad entre dos “escuelas”, dos “géneros” o formas de literatura, sino el deslindamiento del “sin pecado” del que sabe clerecía y el pecado del que no la sabe, de quien se cree legitimado por la Escritura y de quien, para el primero, no lo está. No se trata sin más, entonces, de un simple pecado “literario” a la hora de contar sílabas y reglar/regularizar la escritura.
3. La escritura de los Libros del mester obedece a una concepción sacralizada del tiempo. Hay un tiempo único: el de Dios. La existencia terrenal del hombre, su transcurso por el tiempo histórico,

solo constituye la prefiguración (de acuerdo con la *figura* de la que habla Auerbach) de su existencia plena en el más allá, un anticipo de su verdadera vida en el cielo. Nunca se vive el tiempo en su literalidad, sino bajo una mirada dual (tiempo transitorio y eternidad). Todas las *estorias* narradas por la clerecía no son sino distintas variaciones del relato único Caída/Salvación. Todo lo que acontece en los poemas del mester ya se encuentra sustancialmente en las líneas de la Escritura.

4. La “escritura” se halla ligada a una concepción ternaria del lenguaje, a diferencia de nuestra moderna concepción binaria, saussureana. Sobre el *Trivium* (y el *Quadrivium*) descansan la arquitectura interna y el orden de la cuaderna vía, con los que el clérigo trata de reproducir, basándose como queda dicho en la categoría de *semejanza* (Foucault), aunque imperfectamente con todo, el orden inscrito por Dios en la creación. Los dos hemistiquios del alejandrino suponen, cada uno de ellos, la suma del tres y del cuatro (la Santísima Trinidad y los cuatro elementos, el mundo espiritual y el mundo material). El alejandrino está sujeto, podríamos entonces concluir por nuestra parte, a una menor “libertad” de la que Darío, lector de Hugo, dice dotarlo en su poema de *Prosas profanas* dedicado a Berceo.

Tales son las claves de lectura, taxativas y revolucionarias, de la escritura en cuaderna vía castellana aquí propuestas; y tales son las líneas de fuerza que el estudio de García Única va arropando después con joven y “nueva maestría”, acudiendo aquí y allá a la “objetividad de los textos” para ilustrarlas de forma difícilmente refutable.

La escritura de los Libros del mester, que a la luz de los razonamientos anteriores distan mucho de ser “obras literarias”, se encuentra estrechamente relacionada con el reflejo de los dos Libros, el Libro Sagrado y el de la Naturaleza, sujetos a una “lógica especular” (pág. 68). *Duplex est liber*, sentencia San Buenaventura. No de otro modo el autor de este estudio nos pone en guardia ante el peligro de “deshistorizar” el escribir feudal, los textos del mester, cosa de la que estamos muy cerca si les aplicamos el “modelo capitalista” de producción de la escritura: la “propiedad intelectual” de la obra, el mercado literario, la “originalidad” del autor (págs. 75-76). Historizar la escritura del mester significa, por el contrario, entenderla como un desdoblamiento en minúscula, por humano, de la Escritura divina. Los Libros de la clerecía no son sino “escritura(s) de la Escritura”, una “escritura en marcha” que, a través del ejercicio sin fin de la glosa, pretende desentrañar el sentido primigenio, pero oscurecido, de la palabra de Dios. Una palabra ya fijada, inmóvil, pero aún por desvelar en la profundidad de sus sentidos; y a la vez una palabra, identificada con la verdad, que el clérigo debe hacer comprensible con el romance para quien

no sabe latín, la lengua sagrada. También entre ambas lenguas, el latín y el vulgar, existe a nuestro modo de ver una relación sacralizada, una relación de señor a siervo.

Hasta el final del libro las cuatro claves de lectura aludidas van matizándose, enriqueciéndose, glosándose podríamos decir. Así se precisa de nuevo la dualidad entre escritura mundana y Escritura del mundo (págs. 87-88) o la “lógica del *speculum*” entre los dos Libros divinos, de modo que “escribir un Libro en romance pasa siempre, después de todo, por hacer que la escritura en vulgar se mire en el espejo de la Escritura del Libro Sagrado o en la del Libro de la Naturaleza” (pág. 91). A la vez la poética del mester se liga a la “interpretación sacramental del universo” propia de la sacralización feudal, destacando oportunamente la funcionalidad medieval de la alegoría antes que la del símbolo (págs. 96-97), pues al fin y al cabo la analogía entre las cosas no se da de manera abstracta sino muy concreta, a través de la forma sustancial de las *signaturas* (y aquí de nuevo García Única trata de reconstruir la *episteme* feudal con la ayuda de Foucault). Se vuelve asimismo a la imagen del “mester es sin pecado” para recalcar que no se alude con ella a una cuestión técnico/literaria, o a la división de origen romántico entre lo culto (clerecía) y lo popular (juglaría), sino al apego de los *scholares clerici* a la *auctoritas* de lo ya escrito/leído y a la dignidad formal de la cuaderna para no atentar contra la perfección de la Escritura glosada. En tanto que intermediarios entre el cielo y la tierra, Dios y sus siervos, los clérigos muestran, al contrario que los juglares, su falta de pecado en la regularidad –“hablar curso rimado”– de una escritura en vulgar –el tan traído y llevado “román paladino”– que refleja la Palabra sagrada.

Merecen igualmente atención las páginas en las que el autor advierte, a partir de la arquitectura métrica de la cuaderna vía, deudora de la medida y el número con los que Dios ha escrito el Libro de la Naturaleza, que el isosilabismo y la regularidad de los textos del mester en el siglo XIII pasan a segundo término cuando, ya en el XIV, la sociedad feudal comienza a resquebrajarse. Porque la clerecía decide entonces primar el discurso moral sobre las miserias del cuerpo, el pecado y el desprecio del mundo. Es lo que ocurre en el *Libro de Buen Amor*, el *Libro de miseria de omne* o el *Rimado de palacio*. Todavía, en estos textos, se intenta mantener el orden feudal, ya definitivamente en crisis, ese orden que respiraba en el alto feudalismo la escritura de los clérigos frente al “desorden” que introducen los juglares. Desorden, claro está, desde el punto de vista de la sujeción a la Escritura.

Tienen a su vez notable interés las reflexiones sobre el “saber de los omnes”, léase los clérigos, en el Medioevo; un saber por supuesto finito y sacralizado, fundado de nuevo en Dios y no en uno mismo, como enseguida va a promover el racionalismo burgués por medio del *cogito* cartesiano. No por otra razón el saber no puede ampliarse mediante la escritura sino “trasladarse” desde el Libro revelado hasta una lengua

capaz de ser entendida por quienes no pertenecen a la clerecía. Traslado que lleva consigo, dada la altura de la materia, el riesgo de pecar, por lo que, como reconoce Berceo, no escribe otra cosa sino lo que lee. Los medievales se limitan, pues, a trasladar la verdad de la Escritura, que leían en latín, a la lengua vulgar, como ejemplifica García Única mediante el *Tresor* de Brunetto Latini. La verdad que se traslada es sustancialmente la misma, aunque cambien la habilidad de cada cual para captarla y la lengua empleada en cada caso. El saber feudal se define por el dinamismo y la inmovilidad al mismo tiempo: “En tanto se transmite viajando de una lengua a otra y del Libro a los libros, es dinámico; y pretende, en cambio, ser inmóvil en la medida en que el fin último que persigue es la quietud, la restauración definitiva de las líneas primigenias del Libro a las cuales pretende retornar mediante la suma de las glosas” (pág. 124).

La conclusión resulta de nuevo revolucionaria: la preocupación de los poemas del mester por escribir “como diz la escriptura” no trasluce un prurito de fidelidad (propio de una “escuela” culta, panrománica) a las “fuentes” originales sino la conciencia de que todo saber nace de Dios y ya está escrito en el Libro. Pero está escrito oscuramente. Razón por la cual sus líneas no son inteligibles para el común de los mortales: solo los clérigos son los llamados a descifrar su oscuridad, haciendo así valer en el sistema feudal su sabiduría, su lugar dominante, junto al linaje y el haber o la riqueza de los caballeros, el otro estamento hegemónico: “Entendido como noción central alusiva al acopio de saberes derivados de la Escritura, el término ‘clerecía’ se presenta ideológicamente como el gran baluarte legitimador de la ‘clerecía’, entendida esta vez la palabra como estamento clerical, sin más” (pág. 130). Es otra prueba de cómo el autor de este libro nunca pierde de vista la Historia, la historicidad de la escritura del mester y su lugar en la producción ideológica feudal.

Por momentos *Cuando los libros eran Libros* no es sino una glosa constante, pero distinta a cada paso, de la segunda cuaderna del *Libro de Alexandre*, frecuentemente mal leída y peor interpretada, como estamos viendo; y así García Única regresa otra vez a ella, como si no encontrase fondo en su sentido. Por ejemplo, para deslindar la verdad (fijada) por la escritura de la mentira (volátil) del hablar juglaresco, ya muy lejos del tosco propósito de oponer dos escuelas. Oposición que, por otra parte, se hace añicos en el momento en que Berceo se denomina a sí mismo juglar, pero *ioculator Dei*, juglar y siervo de su Señor. Volviendo también sobre el concepto sacralizado de tiempo en el feudalismo, García Única teje las diferencias entre *aeternitas*, *tempus* y *aevum*: “una vez extinguida su existencia en el *tempus*, los que muestren valor, los que hayan sabido vivir su tiempo histórico en tanto que puerta de entrada al tiempo pleno, alcanzarán la existencia en *aevum*” (pág. 151). Ahonda además en el “drama único” que a fin de cuentas supone la historia para la ideología feudal, el de la Caída del género humano tras el pecado original y la posterior promesa, con la Encarnación, de Redención (pág. 155); drama único que “figuran” las

historias y las vidas narradas por los clérigos (pág. 163), cuyo lenguaje obedece a una “articulación ternaria”, al modo de la estructura del Libro Sagrado: el Antiguo Testamento como prefiguración del Nuevo, hilvanados ambos por la figura de Cristo, Eva que torna en Ave (págs. 179-181).

Queda dicho que cuanto utilizan como autoridad escrita, por ser reflejo de la Escritura con mayúscula, adquiere para los clérigos del mester condición de verdadero. Por eso la necesidad de no apartarse un punto de lo que dice la “escritura”, si no se quiere correr el riesgo de errar o pecar. Es algo que el autor de este libro ilustra no solo con Berceo, sino también con el *Libro de Alexandre o de Apolonio* y el *Poema de Fernán González*. Pero García Única no descuida en su análisis el reverso de la trascendental operación que supone la escritura para la clerecía: la importancia de la lectura “como parte necesaria del proceso de la glosa” (pág. 205). Tampoco se puede afirmar lo que no se lee sin correr el riesgo de pecar. No por casualidad Berceo afirma, como hemos visto, que no escribe sino lo que lee, que “escribir a ventura seríe grande folía”. La lectura es definida, así, como una actividad propia de la clerecía; una actividad que deberá atender a los múltiples sentidos de la escritura, desterrados en nuestro mundo desacralizado por la mirada literal, por la lectura directa.

La desacralización que trae la ideología burguesa en su lucha con la ideología feudal liquida la imagen del Libro. *Cuando los libros eran Libros* acaba con el análisis de cómo le llegó su fin a la “lógica del *speculum*” y de lo que ocurrió con los dos Libros donde era posible leer la Escritura de Dios cuando, ya sin rebozos, surge la “literatura” española. Tanto Galileo como Newton leen el Libro de la Naturaleza en un sentido científico. Las signaturas en las que se alojaba el murmullo de Dios han caído en la mudez, han sido sustituidas por los signos literales, por el lenguaje matemático o geométrico. Por entonces se asiste al fin de la analogía y a la crisis de la alegoría, al menos entendidas una y otra como resortes de la lógica interna del mester, de la escritura sacralizada de los clérigos, indisociable de la producción ideológica feudal. La imagen del Libro de la Naturaleza se prolonga en Descartes, cuyo método constituye un síntoma más del intento burgués de echar abajo el *ordo* feudal. A la vez Montaigne, que se considera a sí mismo la materia de su libro, los *Ensayos*, ha dejado de ver el mundo como algo escrito en caracteres oscuros o en signaturas para atenerse a la “escritura de la vida” (incluso de la propia vida, como de otro lado observamos en la novela picaresca o en el *Quijote*).

La metáfora del Libro del Mundo o de la Naturaleza, que puede comprenderse apoyándose en el Libro Sagrado, sobrevive en el “platonismo religioso” de la segunda mitad del XVI (Santa Teresa, Fray Luis de Granada). No obstante, García Única, en este breve pero sugerente recorrido por la fortuna ulterior de la imagen, se sirve de una bien conocida novela de Valera para mostrar cómo había culminado

ya el “proceso de desalegorización” del Libro de la Naturaleza. Habían desaparecido, siglos atrás, las condiciones históricas de la “producción ideológica del Libro” (pág. 234). Los Libros escritos por la clerecía del mester dejaron paso a los libros. No sin que la ideología de la “creación literaria” llevase a cabo una prestidigitación paralela: la conversión de los Libros en obras, y su lectura o estudio filológico como tales obras, como contribuciones a esa “institución” supuestamente universal y ahistórica que sería la literatura. Olvidando así, por lo tanto, la lógica de la escritura, radicalmente histórica, desde la que en realidad solo pueden ser leídos.

Todo lo anterior, y mucho más que ha quedado aquí sin comentario, ha venido a evidenciarlo un autor que, subiéndose de nuevo a hombros de gigantes, a quienes rinde debida cuenta en la bibliografía comentada en “letra pequeña” situada al final del estudio, ha conseguido sin duda ver más allá que sus precedentes. Naturalmente la metáfora de Bernard de Chartres sobre los enanos y los gigantes constituye otro homenaje consciente a la *humilitas* de cualquier saber, a la materia tratada y a todos cuantos, hasta ahora, se han empeñado en elucidarla. Hay que leer este libro, este *texto de ruptura*, y prestarle la atención que merece. Para quien dude de que las cosas son como las contamos, siempre estará el verso del maestro Berceo: “ca nos quanto dezimos escripto lo fallamos”.